

1916 El Somme

La cortina de fuego británica prosiguió durante una semana.

Se suponía que debía durar cinco días, pero solo una de esas jornadas hizo buen tiempo, para consternación de Fitz. Aun siendo verano, todos los demás días el cielo estuvo encapotado y llovió. Esas condiciones dificultaban la precisión de tiro de los cañoneros. También implicaba que los aviones localizadores de blancos no podían hacer un seguimiento exhaustivo de los resultados y así ayudar a los cañoneros a afinar la puntería. Eso complicaba las cosas, sobre todo para el fuego de contrabatería —el destinado a la destrucción de la artillería alemana—, porque los alemanes seguían la inteligente táctica de desplazar sus cañones para que los proyectiles británicos impactaran sin tener efecto alguno en posiciones abandonadas.

Capítulo 17

(1 de julio 1916)

Y ahora la versión de Walter.

Walter von Ulrich estaba en el infierno.

El bombardeo británico duraba ya siete días y siete noches. Todos los hombres en las trincheras alemanas parecían haber envejecido diez años en una semana. Se acurrucaban en sus refugios subterráneos —cuevas abiertas por la mano del hombre en el terreno que quedaba justo por detrás de las trincheras—, pero el ruido continuaba siendo ensordecedor, y la tierra que tenían bajo los pies no dejaba de temblar. Y lo peor de todo era que sabían a ciencia cierta que un impacto directo del proyectil más potente de todos podía acabar incluso con el refugio más resistente.

En los momentos en los que se detenía la cortina de fuego salían a las trincheras y se preparaban para repeler la gran ofensiva que todo el mundo esperaba. En cuanto comprobaban que los ingleses no estaban avanzando, hacían un balance de los daños. Encontraban una trinchera hundida, la entrada de un refugio subterráneo enterrada bajo una montaña de tierra y, una aciaga tarde, una cantina reducida a escombros llena de vajilla rota y latas de mermelada y jabón líquido que se vaciaban a chorros. Con total desgana, retiraron con las palas la tierra, parchearon los revestimientos con nuevos tablones y encargaron nuevos suministros.

Pero dichos suministros no llegaban. Muy pocos alcanzaron la primera línea del frente. El bombardeo hacía que cualquier aproximación resultara peligrosa. Los hombres se morían de hambre y sed. Walter había bebido más agradecido que nunca y más de una vez el agua de lluvia acumulada en algún cráter abierto por un proyectil.

Los soldados no podían permanecer en los refugios subterráneos entre bombardeo y bombardeo. Tenían que estar en las trincheras, preparados para el ataque de los ingleses. Los centinelas se mantenían en vigilancia constante. Los demás se quedaban sentados dentro del refugio o cerca de las entradas al mismo, listos bien para salir corriendo, bien para bajar a toda prisa por la escalerilla hasta el refugio subterráneo cuando empezaran a disparar los grandes proyectiles, o incluso para correr hasta el parapeto y defender su posición si se producía el ataque. Las ametralladoras tenían que ser transportadas bajo tierra todo el tiempo, para luego volver a subirlas y situarlas nuevamente en sus emplazamientos habituales.

Entre cortina y cortina de fuego, los ingleses atacaban con morteros de trinchera. Aunque esos pequeños proyectiles hacían poco ruido al estallar, eran lo

suficientemente potentes para reventar los tablones del revestimiento. Sin embargo, cruzaban tierra de nadie describiendo un lento arco y, por eso, era posible divisarlos y ponerse a cubierto. Walter había esquivado uno, y se había alejado lo bastante como para evitar que lo hiriera, aunque le echó tierra en la comida, lo que lo obligó a tirar todo un cuenco de apetitoso estofado de cerdo. Ese había sido el último plato caliente que había visto, y, de haberlo tenido en ese momento, se lo hubiera comido, con tierra y todo.

Los proyectiles no eran el único problema. Esa zona había sufrido un ataque con gases tóxicos. Los hombres tenían máscaras antigás, pero el fondo de la trinchera estaba alfombrado de cadáveres de ratas, ratones y otras sabandijas que habían muerto a causa del cloro. Los cañones de los fusiles se habían teñido de un negro verdoso.

(Billy y Fitz se encuentran durante la batalla del Somme)

Capítulo 18

Finales de julio de 1916

(Escena de los telegramas que informan de los fallecidos en el Somme. Ethel y su padre se reconcilian):

Lo primero que vio Ethel fue un reducido grupo de mujeres apelotonadas en torno a la señora Pritchard, que estaba gritando a pleno pulmón. Las demás intentaban tranquilizarla. Pero ella no era la única. Pugh el Retaco, un antiguo trabajador de la mina que había perdido una pierna en el hundimiento de un techo, estaba con dos vecinos, uno a cada lado. Al otro extremo de la calle, la señora de John Jones el Tendero estaba en la puerta, llorando, agarrando una hoja de papel.

Ethel vio a Geraint, el chico de la oficina de correos, blanco como la cera y a punto de llorar también; estaba cruzando la calle y tocando a la puerta de una nueva casa.

—Telegramas del Ministerio de Guerra... —dijo la señora Griffiths—. ¡Oh! ¡Dios nos asista!

—La batalla del Somme —dijo Ethel—. Los Aberowen Pals deben de haber participado.

—Alun Pritchard tiene que estar muerto, y Clive Pugh, y Jones el Profeta... era sargento, y sus padres estaban tan orgullosos...

—Pobre señora Jones, su otro hijo murió en la explosión de la mina.

—Por favor, Dios, que mi Tommy esté bien —rogaba la señora Griffiths, aunque su marido fuera un ateo recalcitrante—. ¡Oh!, salva a Tommy.

—Y a Billy —dijo Ethel; y luego, susurrando al pequeño oído de Lloyd, añadió—: Y a tu papá.

Geraint llevaba una bolsa de lona colgada del hombro. Ethel se preguntó con miedo cuántos telegramas más llevaría dentro. El chico iba cruzando la calle en zigzag: era el ángel de la muerte con gorra de cartero.

Cuando dejó atrás los retretes públicos y llegó a la mitad superior de la calle, todo el mundo estaba sobre el asfalto. Las mujeres habían dejado de hacer sus tareas y estaban esperando. Los padres de Ethel salieron a la calle: su padre todavía no se había marchado a trabajar. Estaban ahí parados con el abuelo, en silencio y asustados.

Geraint se acercó a la señora Llewellyn. Su hijo Arthur debía de haber muerto. Lo conocían con el sobrenombre del Manchas, según recordaba Ethel. El pobre chico ya no tendría que preocuparse más por su piel.

La señora Llewellyn levantó las manos como para impedir que Geraint siguiera avanzando.

—¡No! —gritó—. ¡No, por favor!
El chico le entregó el telegrama.
—Yo no puedo hacer nada, señora Llewellyn —dijo. No tenía más que diecisiete años—. Lleva su dirección en el destinatario, ¿lo ve?
Aun así, la mujer se negaba a recibir el sobre.
—¡No! —gritó, se volvió de espaldas y se tapó la cara con las manos.
Al chico le temblaban los labios.
—Por favor, tómelo —le rogó—. Aún tengo que repartir todos estos. Y hay más en la oficina, ¡cientos de ellos! Ya son las diez y no sé si voy a poder hacerlo todo antes de que anochezca. Por favor.
La vecina de al lado, la señora de Roley Hughes, dijo:
—Yo lo recibiré por ella. No he tenido hijos.
—Muchas gracias, señora Hughes —dijo Geraint, y siguió caminando.
Sacó otro telegrama de la bolsa y pasó de largo por la casa de la señora Griffiths.
—¡Oh, gracias a Dios! —exclamó la señora Griffiths—. Mi Tommy está bien, gracias a Dios. —Empezó a llorar de alivio.
Ethel se cambió a Lloyd a la otra cadera y abrazó a su anfitriona.
El chico se acercó a Minnie Ponti. Ella no gritó, pero empezaron a caerle las lágrimas por las mejillas.
—¿Cuál de los dos? —preguntó con la voz rota—. ¿Joey o Johnny?
—No lo sé, señora Ponti —respondió Geraint—. Tendrá que leer lo que dice ahí.
La señora Ponti rasgó el sobre.
—¡No veo nada! —gritó. Se frotó, intentando aclararse la visión, borrosa por las lágrimas, y volvió a mirar—. ¡Giuseppe! —dijo—. Mi Joey está muerto. ¡Oh, mi pobre niño!
La señora Ponti vivía casi al final de la calle. Ethel se quedó esperando, con el corazón en un puño, para ver si Geraint se dirigía hacia casa de los Williams. ¿Billy estaba vivo o muerto?
El chico volvió la espalda a la señora Ponti, que era un mar de lágrimas. Miró al otro lado de la calle y vio al padre de Ethel, a su madre y al abuelo, que lo observaban aterrados y en vilo. Echó un vistazo a la bolsa y levantó la mirada.
—Ya no hay nada más para Wellington Row —anunció.
Ethel estuvo a punto de desmayarse. Billy seguía vivo.
Ella miró a sus padres. Su madre estaba llorando. El abuelo intentaba encender su pipa, pero le temblaban las manos.
Su padre la escrutaba. Ethel no podía mirarlo a la cara. El hombre era presa de un fuerte sentimiento, pero ella no sabía cuál.
Dio un paso hacia ella.
No fue mucho, pero sí suficiente. Con Lloyd en brazos, corrió hacia su padre.
Él los rodeó a ambos con un abrazo.
—Billy está vivo —dijo—. Y tú también.
—¡Oh, papá! —exclamó ella—. Siento haberte decepcionado.
—Eso no importa —respondió él—. Eso no importa ahora. —Le daba palmaditas en la espalda como cuando era pequeña y se caía y se lastimaba las rodillas—. Vamos, vamos —le decía—. Tranquila.

Capítulo 20

Noviembre – diciembre 1916

(Explicación económica de la guerra, de Bernie a Ethel. Respecto a la novela, Bernie le pedirá matrimonio a Ethel y esta se lo pensará):

Antes de la guerra, nuestro gobierno se gastaba medio millón de libras al día en total: el ejército, los juzgados y las prisiones, la educación, las pensiones, la gestión de las colonias... todo.

—¿Tanto? —Ethel le brindó una sonrisa afectuosa—. Esa es la clase de estadísticas que mi padre sabía siempre.

Él se tomó el chocolate y dijo:

—Adivina cuánto gasta ahora.

—¿El doble? ¿Un millón al día? Parece imposible.

—Ni te has acercado. La guerra cuesta cinco millones de libras al día. Eso es un coste diez veces superior al del gobierno del país.

Ethel estaba perpleja.

—¿De dónde sale el dinero?

—Ese es el problema: lo pedimos prestado.

—Pero hace ya más de dos años que estamos en guerra. Debemos de haber pedido... icasi cuatro mil millones de libras!

—Sí, más o menos. El gasto de veinticinco años.

—Pero ¿cómo vamos a devolver eso?

—Nunca podremos devolverlo. Si un gobierno tratara de crear suficientes impuestos para devolver el préstamo provocaría una revolución.

—Entonces, ¿qué ocurrirá?

—Si perdemos la guerra, nuestros acreedores, principalmente estadounidenses, se arruinarán. Y si ganamos, haremos que paguen los alemanes. «Reparaciones» es la palabra que utilizan para referirse a eso.

—¿Cómo se las arreglarán?

—Morirán de hambre. Pero a nadie le importa lo que sea de los perdedores. En cualquier caso, los alemanes les hicieron lo mismo a los franceses en 1871. —Bernie se levantó y llevó la taza al fregadero—. ¿Ves por qué no podemos hacer las paces con Alemania? ¿Quién pagaría entonces la factura?

Ethel no daba crédito a lo que oía.

—Y por eso tenemos que seguir enviando muchachos a morir a las trincheras, porque no podemos pagar la factura. Pobre Billy. Qué mundo tan perverso.

(Después, discusión entre Walter y su padre, Otto, sobre el transcurso de la guerra):

El presidente de Estados Unidos no quiere verse arrastrado a la guerra — empezó a explicarle.

—Bien.

—De hecho, le gustaría que propusiéramos la paz.

—¡Ja! —Fue un grito escarnecedor—. ¡La vía fácil para vencernos! ¡Qué cara dura tiene ese hombre!

Walter se sintió consternado con su inmediato desdén, pero insistió, escogiendo sus palabras con cuidado.

—Nuestros enemigos sostienen que fueron el militarismo y la agresividad alemanas lo que provocó esta guerra, pero obviamente no es así.

—Ciertamente, no —convino Otto—. Nos vimos amenazados por la movilización rusa en nuestra frontera oriental y la de Francia en la occidental. El Plan Schlieffen fue la única solución posible. —Como era habitual, Otto hablaba como si Walter aún tuviera doce años.

Walter replicó pacientemente:

—Exacto. Recuerdo que dijo que para nosotros era una guerra defensiva, una respuesta a una amenaza intolerable. Tuvimos que protegernos.

Si Otto se sorprendió al oír a Walter repitiendo los tópicos para justificar la guerra, no dio muestra de ello.

—Correcto —dijo.

—Y es lo que hemos hecho —añadió Walter, jugando su baza—. Ahora hemos logrado nuestros propósitos.

Su padre estaba perplejo.

—¿A qué te refieres?

—Hemos zanjado la amenaza. El ejército ruso está destruido, y el régimen del zar se tambalea al borde del colapso. Hemos conquistado Bélgica, invadido Francia, y combatido a los franceses y a sus aliados británicos hasta quedar en este punto muerto. Hemos hecho lo que nos propusimos hacer. Hemos protegido Alemania.

—Un triunfo.

—Entonces, ¿qué más queremos?

—¡La victoria absoluta!

Walter se inclinó hacia delante, mirando fijamente a su padre.

—¿Por qué?

—¡Nuestros enemigos deben pagar por sus agresiones! ¡Debe haber reparaciones, quizá ajustes de fronteras, concesiones coloniales!

—Esos no eran nuestros objetivos iniciales.

Otto no cedía ni un ápice de su postura.

—No, pero ahora que hemos invertido tanto esfuerzo y dinero, y las vidas de tantos alemanes jóvenes y brillantes, debemos recibir algo a cambio.

Era un argumento endeble, pero Walter sabía que no era conveniente intentar hacer cambiar de opinión a su padre. Aun así, había insistido en que los objetivos bélicos de Alemania se habían alcanzado. En ese momento decidió cambiar de tercio:

—¿Está seguro de que la victoria absoluta es factible?

—¡Sí!

—En febrero lanzamos un asalto a gran escala contra el bastión francés de Verdún. Fracasamos. Los rusos nos atacaron en el este, y los británicos invirtieron todos sus recursos en la ofensiva del río Somme. Ninguno de esos tremendos esfuerzos por parte de ambos bandos ha conseguido poner fin al punto muerto —dijo, y aguardó la respuesta.

A regañadientes, Otto contestó:

—De momento, no.

—De hecho, nuestro propio alto mando lo ha reconocido. Desde agosto, cuando Von Falkenhayn fue destituido y Ludendorff fue nombrado jefe del Estado Mayor, cambiamos de táctica, del ataque a la defensa en profundidad. ¿Cómo cree que la defensa en profundidad nos llevará a la victoria absoluta?

—¡Guerra submarina sin restricciones! —contestó Otto—. Los aliados se mantienen gracias a los suministros procedentes de Estados Unidos, mientras que nuestros puertos están bloqueados por la Royal Navy. Tenemos que cortar ese cordón umbilical; entonces se rendirán.

Walter no había querido llegar a eso, pero ya que había comenzado tenía que seguir. Apretando las mandíbulas y, con la voz templada, dijo:

—Eso sin duda arrastraría a Estados Unidos a la guerra.

—¿Sabes cuántos hombres componen el ejército de Estados Unidos? —replicó su padre.

—Solo unos cien mil, pero...

—Correcto. ¡Ni siquiera son capaces de pacificar México! No suponen una amenaza para nosotros.

Otto nunca había ido a Estados Unidos. Pocos hombres de su generación lo habían hecho. Sencillamente, no sabían de lo que hablaban.

—Estados Unidos es un país grande y rico —dijo Walter, que, pese a bullir de frustración, mantenía un tono coloquial para tratar de seguir fingiendo una discusión amistosa—. Puede aumentar sus tropas.

—Pero no de inmediato. Tardará al menos un año en hacerlo. Para entonces, los británicos y los franceses se habrán rendido.

Walter asintió.

—Ya hemos tenido esta discusión, padre —dijo con voz conciliadora—. Al igual que todos los expertos en estrategia militar. Ambos bandos tienen sus argumentos.

Difícilmente podía Otto negar eso, de modo que se limitó a emitir un gruñido reprobatorio.

—En cualquier caso, no está en mis manos decidir la respuesta de Alemania al acercamiento informal de Washington —afirmó Walter.

Otto captó la indirecta.

—Ni en las mías, por descontado.

—Wilson dice que si Alemania escribe formalmente a los aliados proponiendo conversaciones de paz, respaldará públicamente la propuesta. Supongo que es nuestro deber transmitir este mensaje a nuestro soberano.

—Por supuesto —convino Otto—. El káiser deberá decidir.

(Y después Walter queda con Gus, que está en Alemania para tantear las posibilidades de paz, y le da una carta para Maud y Gus se la da a Maud en Gales)

Capítulo 21

Diciembre 1916

A finales de 1916, el frente occidental apenas se había movido de la posición que ocupaba al empezar el año, pese a los tremendos esfuerzos efectuados por ambos bandos: el implacable asalto alemán en Verdún y el ataque británico en el Somme, aún más costoso. Los aliados necesitaban perentoriamente un estímulo. Si Estados Unidos entraba en guerra, podría inclinar la balanza, pero por el momento no había indicios de que eso fuera a ocurrir.

(Fitz se encuentra con Ethel y le propone que sea su amante)

Capítulo 22

Enero-febrero 1917

(Los alemanes deciden entablar conversaciones con México para que se pelee con EE.UU. y así distraerlos de entrar en la guerra, pero los ingleses interceptan el telegrama)

(Fitz intercepta el famoso telegrama Zimmermann)

El encabezamiento decía:

Berlin zu Washington. W. 158. 16 de enero de 1917.

Fitz miró automáticamente al pie del mensaje para ver quién lo enviaba. El nombre que aparecía al final era:

Zimmermann.

Se le despertó el interés. Se trataba de un mensaje del ministro de Exteriores alemán a su embajador en Estados Unidos. Fitz fue escribiendo la traducción a

lápiz, incluyendo garabatos y signos de interrogación en las partes en que el código no había sido descifrado.

Alto secreto, para información personal de Su Excelencia y para que sea entregado al embajador del Imperio en (¿México?) con xxxx por ruta segura.

Los signos de interrogación indicaban signos en clave cuyo significado no estaba del todo claro. Los especialistas en descodificación ofrecían una posible interpretación. Si estaban en lo cierto, ese mensaje era para el embajador alemán de México. Simplemente lo estaban enviando a través de la embajada de Washington.

«México —pensó Fitz—. Qué extraño.»

La siguiente frase había sido descifrada por completo.

Nos proponemos empezar una guerra submarina sin restricciones el 1 de febrero.

—¡Dios mío! —exclamó Fitz en voz alta.

Era algo que se esperaba con temor, pero ahí tenía la confirmación... ¡y con fecha! La noticia sería un todo un éxito para la Sala 40.

Al hacerlo sin embargo intentaremos conseguir neutralidad por parte de Estados Unidos xxxx. En caso de no lograrlo proponemos a (¿México?) una alianza sobre la siguiente base: librar la guerra, alcanzar la paz.

—¿Una alianza con México? —se preguntó Fitz—. Esto es algo verdaderamente serio. ¡Los americanos van a ponerse hechos una furia!

Su Excelencia debería por la presente informar al presidente en secreto de que la guerra con los Estados Unidos de América xxxx y al mismo tiempo negociar entre nosotros y Japón xxxx nuestros submarinos obligarán a Inglaterra a aceptar la paz dentro de unos meses. Acuse de recibo.

Fitz levantó la mirada y se encontró con los ojos del joven Carver, que (tal como vio entonces) estaba pletórico.

—Debe de estar leyendo el mensaje interceptado de Zimmermann —dijo el teniente segundo.

—Lo poco que hay —contestó Fitz con calma. Estaba tan eufórico como Carver, pero se le daba mejor disimularlo—. ¿Por qué está tan deshilvanada la descodificación?

—Se trata de un nuevo código que aún no hemos descifrado por completo. De todas formas, el mensaje es material candente, ¿verdad?

Fitz volvió a leer su traducción. Carver no exageraba. Aquello se parecía mucho a una intentona de que México se aliara con Alemania en contra de Estados Unidos. Era sensacional.

Puede que incluso hiciera enfadar lo bastante al presidente estadounidense como para que declarara la guerra a Alemania.

A Fitz se le aceleró el pulso.

—Estoy de acuerdo —dijo—. Y voy a llevárselo directamente a Guiños Hall. —El capitán William Reginald Hall, director de los servicios secretos de la Royal Navy, tenía un tic facial crónico, de ahí el apodo; pero su cerebro funcionaba perfectamente—. Me hará preguntas, y necesito tener algunas respuestas preparadas. ¿Qué posibilidades hay de conseguir una descodificación completa?

—Nos llevará varias semanas dominar el nuevo código.

Fitz soltó un bufido de exasperación. La reconstrucción de códigos nuevos desde cero era una tarea meticulosa que no podía acometerse con prisas.

—Pero me he fijado en que el mensaje tiene que seguir viaje de Washington a México —prosiguió Carter—. En esa ruta todavía utilizan un viejo código diplomático que desciframos hace más de un año. A lo mejor podríamos conseguir una copia del telegrama que envíen desde allí.

—¡A lo mejor sí! —dijo Fitz con impaciencia—. Tenemos un agente en la oficina de telégrafos de Ciudad de México. —Se adelantó ya con el pensamiento—. Cuando le revelemos esto al mundo...

—No podemos hacerlo —repuso Carver, angustiado.

—¿Por qué no?

—Los alemanes sabrían que estamos leyendo sus comunicaciones.

Fitz comprendió que tenía razón. Era el eterno problema de la información secreta: cómo utilizarla sin comprometer las fuentes.

—Pero esto es tan importante que quizá deberíamos estar dispuestos a arriesgarnos —replicó.

—Lo dudo. Este departamento ha suministrado demasiada información fiable. No lo pondrán en peligro.

—¡Maldita sea! ¡Pero es que no podemos haber dado con algo como esto y luego vernos impotentes a la hora de usarlo!

Carver se encogió de hombros.

—Así es este trabajo.

Fitz no estaba dispuesto a aceptarlo. La entrada de Estados Unidos en la guerra podía significar la victoria. Estaba claro que eso merecía cualquier sacrificio. Sin embargo, sabía lo suficiente sobre el ejército para darse cuenta de que había hombres más dispuestos a mostrar valor e ingenio para proteger su departamento que para defender una plaza fuerte. Debía tomar muy en serio la objeción de Carver.

—Necesitamos una tapadera —dijo.

—Digamos que el telegrama lo han interceptado los estadounidenses —propuso Carver.

Fitz asintió con la cabeza.

—Deben enviarlo de Washington a México, así que podríamos decir que el gobierno de Estados Unidos lo ha conseguido de Western Union.

—Puede que a Western Union no le guste...

—Al cuerno con ellos. Bueno: ¿cómo debemos utilizar exactamente esta información para obtener el máximo efecto? ¿Realiza el anuncio nuestro gobierno? ¿Se lo damos a los estadounidenses? ¿Buscamos a algún tercero que desafíe a los alemanes?

Carver levantó las manos en un gesto de rendición.

—Yo ya no doy más de mí.

—Pero yo sí —dijo Fitz, inspirado de pronto—. Y conozco precisamente a la persona que nos ayudará.

(Será Gus Dewar)

Fitz le entregó a Gus contenía el descifrado completo del mensaje interceptado de Zimmermann. En su totalidad, decía:

De Washington a México, 19 de enero de 1917.

Hemos previsto comenzar la guerra submarina sin restricciones el 1 de febrero. A pesar de ello, intentaremos por todos los medios conseguir que Estados Unidos siga manteniéndose neutral. En caso de no conseguirlo, ofrecemos a México una propuesta de alianza en los siguientes términos:

Juntos en la guerra.

Juntos en la paz.

Por nuestra parte, una generosa ayuda económica y nuestro compromiso con México para que reconquiste los territorios perdidos de Texas, Nuevo México y Arizona. Los detalles del acuerdo son cosa suya.

Informe al presidente Carranza de todo lo anterior con el máximo secreto en cuanto el estallido de la guerra con Estados Unidos sea seguro, y sugiérale también que él, por iniciativa propia, debería invitar a Japón a adherirse inmediatamente al acuerdo y, al mismo tiempo, mediar entre los japoneses y nosotros.

Por favor, llame la atención del presidente sobre el hecho de que el uso implacable de nuestros submarinos ofrece ahora la perspectiva de obligar a Inglaterra a aceptar la paz dentro de unos meses.

Gus leyó unas cuantas líneas bajo la tenue luz del cuadrilátero, acercándose mucho el papel a los ojos.

—¿Una alianza? ¡Dios mío! —exclamó.

Fitz miró en derredor. Había empezado un nuevo combate y el estruendo del público era demasiado fuerte para que los hombres que tenían cerca pudieran oír nada de lo que decían.

Gus siguió leyendo.

—¿Reconquistar Texas? —preguntó con incredulidad. Y luego, enfadado, añadió—: ¿Cómo que invitar a Japón? —Alzó la mirada del papel—. ¡Esto es un escándalo!

(Gus filtra el telegrama a Rosa Hellman, la periodista tuerta)

(Y Ethel y Bernie se casan)

Capítulo 29

Marzo 1918

(Parece que van a ganar los alemanes en las trincheras contra Francia)

Capítulo 30

Marzo-abril 1918

(Churchill explica a Fitz que Inglaterra intervendrá en la guerra civil en Rusia sin que sea público, y le piden que vaya él, porque está casado con una rusa)

Capítulo 31

Mayo-septiembre 1918

(Gus Dewar y Walter coinciden en el frente sin saberlo. A Walter lo hieren y los aliados empiezan a ganar)

Una vez de vuelta en Berlín, los periódicos seguían hablando de las victorias alemanas, pero las líneas de los mapas no se acercaban a París, y Walter llegó a la amarga conclusión de que la ofensiva de primavera había fracasado. Los estadounidenses habían llegado demasiado pronto.

Le dieron el alta del hospital para que pudiese pasar la convalecencia en su antigua habitación en casa de sus padres.

El 8 de agosto, un ataque de los aliados en Amiens utilizó casi quinientos de los nuevos tanques. Los vehículos acorazados presentaban multitud de problemas, pero podían ser imparables, y los británicos avanzaban unos trece kilómetros en un solo día.

Solo eran trece kilómetros, pero Walter sospechaba que se habían vuelto las tornas, y adivinaba, por la expresión de la cara de su padre, que el anciano pensaba lo mismo. Ahora nadie en Berlín hablaba de ganar la guerra.

Una noche, a finales de septiembre, Otto llegó a casa con el ánimo de alguien que acaba de asistir a un funeral. No quedaba ni rastro de su vitalidad natural, y Walter se preguntó incluso si no iba a echarse a llorar.

—El káiser ha vuelto a Berlín —anunció.

Walter sabía que el káiser Guillermo había estado en el cuartel general del ejército en una población de las montañas de Bélgica llamada Spa, famosa por sus aguas medicinales. —¿Y por qué ha vuelto? Otto bajó el tono de voz hasta hablar casi en un susurro, como si no pudiera soportar decir en voz alta lo que tenía que decir: —Ludendorff quiere un armisticio.

Capítulo 32

Octubre 1918

(Fitz, Billy y Lev coinciden en Rusia (a Lev lo ha mandado su suegro para librarse de él), y Billy le manda a Ethel mensajes cifrados diciéndole dónde están, porque es secreto y se supiera sería un escándalo (y Billy quiere que se sepa))

Capítulo 33

(Distintos puntos de vista del fin de la guerra)

11 de noviembre de 1918

El fin de la guerra:

Ella le arrebató el teléfono y preguntó:

—¿Es Fitz? ¿Está herido?

—No, no —dijo Johnny—. Tranquilízate. Son buenas noticias. Los alemanes han aceptado las condiciones del armisticio.

—¡Oh, Johnny, gracias a Dios!

—Están todos en el bosque de Compiègne, al norte de París, en dos trenes aparcados en una vía muerta. Los alemanes acaban de entrar en el vagón restaurante del tren francés. Están dispuestos a firmar.

—Pero ¿todavía no lo han hecho?

—No, aún no. Están poniendo pegas por la redacción del texto.

—Johnny, ¿volverás a llamarme cuando hayan firmado? Esta noche no me acostaré.

—Te llamaré. Adiós.

Maud le devolvió el auricular al mayordomo.

—Puede que la guerra acabe esta noche, Grout.

—Me alegra mucho oír eso, milady.

—Pero tú deberías irte a la cama.

—Con el permiso de milady, me gustaría seguir levantado hasta que lord Remarc vuelva a llamar.

—Desde luego.

—¿Le apetece otra taza de té, milady?

Entonces entró Lev Peshkov. Con él iba una guapa joven rusa con un abrigo barato. Todos se quedaron mirándolo. ¿Cómo lo conseguía tan deprisa?

Lev parecía entusiasmado.

—Eh, ¿os habéis enterado del rumor, chicos?

Billy pensó que seguramente Lev siempre era el primero en enterarse de los rumores.

—Sí, he oído decir que te gustan los tíos —dijo Tommy.
Todos se echaron a reír.
—¿Qué rumor? —preguntó Billy.
—Han firmado un armisticio. —Lev hizo una pausa—. ¿No lo captáis? ¡La guerra ha terminado!
—Para nosotros no —replicó Billy.

El capitán habló con el cabo Kerry, el mejor tirador de la unidad.
—¿Podría lanzar una granada en el tejado de ese granero?
Kerry, un chico de diecinueve años con pecas, respondió:
—Si pudiera acercarme un poco más...
—Ese es el problema.
Kerry inspeccionó el terreno.
—Hay una ligera elevación como a un tercio de la pradera —dijo—. Desde allí podría hacerlo.
—Es arriesgado —replicó Gus—. ¿Quiere ser un héroe? —Consultó su reloj—. La guerra podría acabar dentro de cinco minutos, si los rumores son ciertos.
Kerry sonrió a pesar de todo.
—Quiero intentarlo, capitán.
Gus titubeó, reacio a dejar que Kerry arriesgara la vida; pero así era el ejército, y las órdenes eran las órdenes.
—Está bien —aceptó—. Cuando usted quiera, cabo.
Casi esperó que Kerry se tomara su tiempo, pero el muchacho de inmediato se echó el fusil al hombro y cargó con una caja de granadas.
—¡Fuego a discreción! Cubran a Kerry todo lo que puedan —gritó Gus.
Las ametralladoras restallaron y Kerry echó a correr.
El enemigo lo vio enseguida, y también sus ametralladoras abrieron fuego. El chico corría en zigzag por el campo como una liebre perseguida por perros de caza. Los morteros alemanes explotaban a su alrededor, pero, milagrosamente, fallaban.
La «ligera elevación» de Kerry se encontraba a unos doscientos setenta y cinco metros.
Estuvo a punto de conseguirlo.
El artillero enemigo tenía al cabo en su mira, perfectamente apuntado, y arremetió contra él con una prolongada ráfaga. El chico recibió decenas de impactos en pocos segundos. Levantó los brazos, soltó los morteros y cayó; el impulso lo llevó por el aire hasta que aterrizó a unos cuantos pasos de su elevación. Quedó allí inerte, y Gus pensó que debía de haber muerto antes de llegar al suelo.
Las ametralladoras enemigas callaron. Unos instantes después, también los norteamericanos dejaron de disparar. Gus creyó oír el sonido de unos vítores lejanos. Todos los hombres que tenía cerca se quedaron en silencio, escuchando. Entonces el capitán se dio cuenta de que los alemanes celebraban algo.
Empezaron a aparecer soldados salidos de los refugios del pueblo, al otro lado de la pradera.
Gus oyó el rumor de un motor. Una motocicleta estadounidense de la marca Indian llegó rugiendo por el bosque, conducida por un sargento y con un comandante en el asiento de atrás.
—¡Alto el fuego! —gritaba el comandante. El motociclista lo estaba llevando a lo largo de la línea de batalla, de posición en posición—. ¡Alto el fuego! —volvió a gritar—. ¡Alto el fuego!
El pelotón de Gus rompió a dar gritos de alegría. Los hombres se quitaron los cascos y los lanzaron al aire. Algunos se pusieron a bailar gigas, otros se estrecharon la mano. Gus oyó cantar a alguien.

Él no podía apartar la mirada del cabo Kerry.

Caminó despacio por la pradera y se arrodilló junto al cuerpo del joven. Había visto muchos cadáveres y no tenía ninguna duda de que Kerry estaba muerto. Se preguntó cuál sería el nombre de pila del muchacho. Le dio la vuelta al cadáver. Tenía el pecho lleno de pequeños agujeros de bala. Gus le cerró los ojos y se puso de pie.

—Perdóname —dijo.

Entonces se dio cuenta de que sonaba la campana de una iglesia. Miró al reloj que había en la chimenea. Eran las once y cinco. ¿Por qué estaban repicando a esa hora un lunes por la mañana? Después oyó otra. Arrugó la frente y se asomó a la ventana. No veía nada fuera de lo común en la calle, pero más campanas empezaron a tocar. Hacia el oeste, sobre el centro de Londres, vio en el cielo una bengala roja de las que todos llamaban «petardos».

Se volvió de nuevo hacia Bernie.

—Es como si estuvieran repicando las campanas de todas las iglesias de Londres.

—Algo ha pasado —repuso él—. Apuesto a que es el fin de la guerra. ¡Deben de estar tocando por la paz!

Alemania estaba sumida en una revolución... y a Walter le recordaba muchísimo a la Revolución rusa de hacía un año.

Había empezado con un motín. Los oficiales navales habían ordenado a la flota de Kiel que zarpara y atacara a los británicos en una misión suicida, pero los marineros sabían que se estaba negociando el armisticio y se habían negado. Walter le había hecho ver a su padre que los oficiales estaban yendo en contra de los deseos del káiser, así que los amotinados eran ellos, mientras que los marineros eran leales. Ese argumento había provocado en Otto un ataque de ira.

Después de que el gobierno intentara aplastar a los marineros, la ciudad de Kiel había quedado en manos de un consejo de obreros y soldados muy semejante a los sóviets rusos. Dos días después, Hamburgo, Bremen y Cuxhaven también estaban controladas por sóviets. El káiser había abdicado hacía dos días.

Walter sentía miedo. Quería una democracia, no la revolución. Pero el día de la abdicación, los obreros de Berlín habían marchado a miles ondeando banderas rojas, y el izquierdista radical Karl Liebknecht había declarado Alemania república socialista libre. Walter no sabía cómo terminaría aquello.

El armisticio estaba siendo un momento especialmente malo. Él siempre había creído que la guerra era un terrible error, pero no encontraba ninguna satisfacción en tener razón. Su patria había sido derrotada y humillada, y sus compatriotas morían de hambre. Estaba sentado en el salón de la casa que sus padres tenían en Berlín, hojeando los periódicos, demasiado deprimido para tocar el piano siquiera. El papel de pared estaba desvaído y la moldura de madera de la que colgaban los cuadros, llena de polvo. El viejo parquet del suelo tenía piezas sueltas, pero no quedaban artesanos para repararlo.

Walter solo podía esperar que el mundo aprendiera la lección. Los Catorce Puntos del presidente Wilson ofrecían un rayo de luz que tal vez anunciaran el sol de un nuevo día. ¿Era posible que los gigantes entre naciones encontraran una forma de resolver sus diferencias en la paz?

Se enfureció al leer un artículo de un periódico de derechas.

—Este periodista idiota dice que el ejército alemán jamás ha sido vencido —comentó cuando su padre entró en la sala—. Sostiene que nos han traicionado los

judíos y los socialistas de nuestra propia casa. Tenemos que acabar con esta clase de sinsentido.

Otto se mostró airado y desafiante.

—¿Por qué habríamos de hacer eso? —dijo.

—Porque sabemos que no es verdad.

—Yo sí creo que los judíos y los socialistas nos han traicionado.

—¿Qué? —preguntó Walter con incredulidad—. No fueron los judíos ni los socialistas los que nos hicieron retroceder en el Marne, dos veces. ¡La guerra la hemos perdido nosotros!

—Nos debilitó la falta de suministro.

—Eso fue por el bloqueo británico. Y ¿de quién fue la culpa de que los norteamericanos entraran en la guerra? No fueron los judíos ni los socialistas quienes exigieron una guerra submarina sin restricciones y hundieron barcos con pasajeros estadounidenses.

—Son los socialistas los que han aceptado las indignantes condiciones del armisticio de los aliados.

Walter casi había perdido la coherencia a causa de la ira.

—Sabe usted perfectamente bien que fue Ludendorff quien pidió un armisticio. Al canciller Ebert no lo nombraron más que hace dos días, ¿cómo puede culparlo a él?

—Si el ejército siguiera al mando, jamás habríamos firmado el documento de hoy.

—Pero no están al mando, porque han perdido la guerra. Le dijeron ustedes al káiser que podíamos ganarla, y él los creyó, y por eso ha perdido su corona. ¿Cómo vamos a aprender de nuestros errores si dejan que el pueblo alemán crea mentiras como estas?

—Si creen que nos han derrotado, se desmoralizarán.

—¡Es que deberían desmoralizarse! Los dirigentes de Europa hicieron algo infame y necio, y diez millones de hombres han muerto de resultas de ello. ¡Al menos deje que la gente comprenda eso para que nunca permitan que vuelva a pasar!

—No —dijo su padre.